

Bat. Comie.
21-2352

original

Trabajo del psicoanálisis

Editado en Argentina - Volumen 3. Núm. 9 (1988)

DE LA TEORÍA DE LA SELECCIÓN RESTRINGIDA A LA
TEORÍA DE LA SELECCIÓN GENERALIZADA.
JUAN LAPLANCHE.

"FUÉ UN OJO DE MUERTOS" (DE LOS RECUERDOS Y
SUS VICISTITUDES)
DINO AYALÁ.

LA HOMOSEXUALIDAD
GERARD BONNET.

LA PRÁCTICA PSICODINÁMICA HOY.
LUIS HORNSTEIN.

CIRCULACIÓN DEL SIGNIFICANTE ENIGMÁTICO EN LA TOPICA INTERSUBJETIVA.
SILVIA BLECHMAN.

Entregas a Domicilio sin Cargo. Envíos al Interior. Suscripciones.
Librerías Descuentos Especiales

INTI EDITORES ASOCIADOS
Av. Alvear 1800 4 "A"
(1014) BUENOS AIRES

Te. 42-1887/821-2231

FOTOCOPIADORA
C.E.P.S.I.
CLÍNICA DE NIJOS
76 1 3

54 22

Como una zona siniestrada*

Dra. Piera Aulagnier

161

¿Qué características —propias del recorrido identificador—
podrían explicar por qué asistimos al pasaje de una
potencialidad psicótica a su forma manifiesta, sobre todo al final de la
adolescencia?...

No se trata —dados los límites del tiempo concedido para esta
exposición— de retomar lo que pude haber escrito sobre la
problemática psicótica. Me contentaré con aislar algunos puntos que me
parecen más pertinentes que otros para abordar el tema de esta
jornada: puntos acerca de los cuales me gustaría que se centre nuestra
discusión.

(A) En relación al primer punto, los analistas estarán en general de
acuerdo: no es posible separar lo que es del orden de la representación
pulsional de lo que resulta del campo identificador. No hay
representación fantasmática que no sea conjuntamente la
representación que el representante se da de sí mismo en tanto
deseante. Existe una relación de interacción entre la distribución de la
libido objetal y la economía de la libido narcisista o de la libido
identificatoria: los dos términos son sinónimos.

Quando se privilegia el campo de la teoría, se suelen hacer
separaciones mucho más tajantes, en nuestra dilucidación de los
fenómenos psicopatológicos cuyas manifestaciones se presentan de
una manera intrincada—lo cual no quiere decir simétrica— en el campo
clínico.

A pesar de esto podemos formular, siempre que permanezcamos
en el registro de la neurosis, que: el frente de la escena psíquica y de

* Título de una conferencia presentada en un coloquio sobre "La psicopatología de
la adolescencia", que tuvo lugar en París (Traducido por la Lic. Diana Urquidí).

que este último hará rendir cuentas a ese tiempo pasado de su vida y aún más a aquellos partners que lo acompañaron durante su trayecto.

Esto me conduce al último punto que me gustaría explicitar: la importancia que le adjudico a lo que defino como fenómeno de l'éclatage o de develamiento.

l'éclatage

Al resumir tan sucintamente, como lo voy a hacer, un concepto que me importa mucho, tengo un poco la sensación de traicionar mi propio pensamiento y de no tener en cuenta el tiempo que le consagré. Pero como el tiempo es un amo exigente, sólo puedo exponerles esta formulación sin poder ofrecer los pre-supuestos: defino como develamiento o fenómeno de l'éclatage, una situación, una experiencia, un acontecimiento que confronta, de manera imprevista, al "je", con una auto-representación que se impone a él, con todos los atributos de la certeza, cuando hasta ese momento ignoraba que hubiese podido ocupar un tal lugar en sus propios escenarios.

164

De repente, un suceso, la mirada de otro, investida de manera privilegiada, devuelven al "je" una imagen de él mismo que le devela — diría parafraseando una fórmula bien conocida de Freud — "el horror de una imagen ignorada por él". Imagen ignorada por él, pero que había claramente, formado parte de ese destile de posiciones identificadoras que recorrió antes de llegar a aquella que ocupa.

PERÉSCOPE

rela

2

la neurosis
tación

Esta es una de las razones que explican por qué podemos a menudo encontrar en la psicosis — contrariamente a lo que sucede en la neurosis — el fenómeno que desencadenó una fase de descompensación, un episodio delirante, eso catastróficamente vivido que puede sellar, la entrada en el delirio. Este fenómeno de develamiento que también podemos encontrar fuera del registro de la psicosis, aclara lo que formulaba acerca de esas experiencias que sellan el pasaje de un modo de relación a otro: experiencias que enfrentan al "je" a lo que no sabía que se había convertido, a la realización de lo que no quería llegar a ser, a la distancia que separa lo que "devino" de lo que imaginaba que iba a llegar a ser. Tres posibilidades, nunca separadas totalmente, pero cada una ocupando, según el caso, el frente de la escena.

construye

Si, para aclarar nuestra visión, hacemos coincidir, a grosso modo, la adolescencia con la fase puberal, nos enfrentamos, en el registro del cuerpo y de los emblemas identificadorios, con la presencia — que puede ser positiva o desestructurante — de una nueva imagen, marcada por los signos aparentes de la propia identidad sexual. Tal imagen recusa esa indiferenciación relativa en la cual, hasta ese momento, el niño había podido resguardarse y en la cual, sobre todo, los padres habían podido dejar al pequeño personaje. Lo cual no quiere decir en absoluto que el "je" que habita ese cuerpo se pegue a la imagen que

1

adolecencia

psicosis

trayectoria

destino

La irrupción de un momento psicótico sella el encuentro del "je" con un suceso psicótico que le devela una catástrofe identicatoria que ya tuvo lugar. Más precisamente diría que: el pasaje de la potencialidad

2

catástrofe

2

Prof.
reitor

collage superficial

2

2

2

este último le envía. He aquí el problema. Pero existe otro tan importante como aquel para la relación del adolescente con sus padres. En el transcurso de la adolescencia el sujeto realizará, a posteriori, lo pertinente a un proceso de des-idealización de los padres, comenzado mucho antes. Confirmación necesaria para que pueda instalarse una suerte de pacto, de arreglo, siempre parcial, por supuesto, pero de arreglo al fin entre esas dos generaciones. Ocurre también que el adolescente se vea obligado a comenzar y a operar durante el transcurso de lo que vive en la actualidad, ese trabajo de des-idealización.

Finalmente existen algunos casos en los que el adolescente puede autorizarse esa des-idealización; lo cual lo obligará a excluir de su espacio de pensamiento una parte de las informaciones que la realidad le envía. Informaciones para las cuales estaría perfectamente preparado para decodificar y que sin embargo se lo prohíbe. La consecuencia será una auto-mutilación de su propia actividad de pensamiento: éste es el precio que paga para poder seguir ignorando lo que podría conocer acerca de la realidad afectiva de los padres.

165

Este peligro — evitado en parte en la problemática neurótica — da cuenta, no obstante de la urgencia que representa para el adolescente la posibilidad de investir nuevos objetos, de proponer nuevas metas a su deseo, de elegirse nuevos ideales.

Desde esta misma perspectiva cabría también preguntarse acerca de lo que significa el fin del período de latencia y el eventual descubrimiento del deseo incestuoso, en un momento en que su realización se hace objetivamente posible.

Si volvemos a lo que entra en juego del lado de la psicosis, para poder abordar los peligros psíquicos que pueden transformar una crisis de adolescencia en una crisis psicótica, se plantea una primera pregunta: ¿Habrá o no, que considerar la presencia de tales fenómenos como consecuencia de trabas psíquicas, ya existentes, y que hasta ese momento habían podido permanecer veladas? La respuesta difiere según las opciones de los autores. Personalmente, pienso que la aparición de una sintomatología psicótica es siempre la forma manifiesta que toma una potencialidad psicótica, existente mucho antes de la adolescencia. Esta potencialidad, tal como lo recorde brevemente antes, es la consecuencia de esa (ríela) que se constituyó entre los 2 componentes del "je": la conjunción del identificarse y del identificado, no fue más que un collage superficial que se mantuvo, mediocrementemente y a menudo bastante mal hasta el momento en que una situación conflictiva llegó a ponerla en peligro.

La irrupción de un momento psicótico sella el encuentro del "je" con un suceso psicótico que le devela una catástrofe identicatoria que ya tuvo lugar. Más precisamente diría que: el pasaje de la potencialidad

alienación
falta de
autoconciencia

... a una psicosis manifiesta ocurre en el momento en que el
adulescente descubre que, en su recorrido identificatorio pasado, nunca
había encontrado las condiciones que le hubiesen asegurado el
carácter autónomo, inalienable de una parte de sus referencias
identificatorias en el registro de lo simbólico y que le hubiesen
garantizado su parte de libertad en la elección de sus objetos, de sus
metas, de sus deseos.

Antes de proponerles un ejemplo clínico, agregaré una última
palabra: sabemos cuán frecuentes son en la mayoría de los
adolescentes, esas amistades pasionales con tendencia homo-sexual, a
veces vivida, a veces sublimada, que generalmente se reabsorben con
el final de la adolescencia sin dejar marcas particulares. Todo pasa
como si el adolescente provocara un despertar del polimorfismo; no de
las vías pulsionales, sino de la elección del objeto.

En el registro de la psicosis, encontramos un fenómeno
equivalente: una especie de interferencia en los identificados de los
cuales se había agarrado, no demasiado bien, hasta ese momento el
"je" para conservar en estado latente esa fisura identificatoria que lo
marcó desde el comienzo de su recorrido identificatorio.

Psicosis

Ejemplo clínico:

Detengo aquí los puntos que quería recordar y paso a un ejemplo
clínico muy breve que les propongo discutir. No es la historia de un
caso, sino una reflexión acerca de las condiciones —encontradas en el
análisis, y confirmadas por lo que pasó en este mismo análisis— en las
cuales apareció al final de la adolescencia un primer episodio delirante
en este sujeto.

Cuando veo a este señor, al que llamaré Jorge (Georges), tiene
alrededor de treinta años y pide un análisis por problemas de orden
neurótico. Durante más de un mes se espera su respuesta respecto a
un cambio de lugar que se le propuso, cambio que aparentemente sólo
le daría ventajas. No solo no llega a decidirse, sino que cuando más se
acerca el momento de responder, mayor es su sentimiento de
imposibilidad de hacer una elección y se siente angustiado. Por otro
lado, la mujer con la cual está casado desde hace cuatro años, se
enamora de otro hombre y tiene en mente dejarlo. También en esta
situación, no solo sufre frente a la idea de esta separación, sino que es
incapaz de decidir si prefiere divorciarse o si prefiere vivir con su mujer,
sabiendo que ella tiene un amante. Nada; ni en su discurso, ni en sus
síntomas, sugiere la presencia de defensas psicóticas. Tengo la
sensación de que los problemas profesionales le sirven para relativizar
la herida afectiva que representa el riesgo de perder a su mujer.

quiere
conmover

episodio
psicótico
en 16 años

En el transcurso de la segunda entrevista, mientras se asombraba
de encontrarse con problemas en el registro de lo profesional —en el
cual siempre había tenido éxito, del mismo modo que había sido
siempre un excelente alumno— hizo una breve alusión a lo que él llamó
su "crisis de adolescencia". En mayo del 68, repentinamente había
vacilado: entre proseguir su preparación para pasar un concurso de
ingreso a los establecimientos de enseñanza superior ("grandes
écoles") y dejar caer el proyecto para ir a trabajar a una fábrica, según
una ideología que tenía un cierto peso en esa época. Me cuenta que
durante algunas semanas había encontrado un puesto de obrero
especializado, pero que no pudo soportar las condiciones de trabajo.
Cambia de ciudad y durante 2 ó 3 meses vive lejos de su familia
encontrando algunas chanzas! Agregó: "todo esto terminó por
deprimirme, ya no sabía muy bien por dónde andaba... volví a mis
pagos y fui a ver a un médico que me recompuso. No era nada grave.
Preparé mi concurso, lo obtuve y retomé mis estudios". Durante los dos
primeros años de su análisis, no habrá jamás lugar para esa "crisis", ni
siquiera cuando imágenes de sueños, de recuerdos, ponen en primer
plano a algunas experiencias de su infancia y de su adolescencia que
forman una gran parte de su discurso.

Tal como he referido anteriormente, me había presentado —en la
entrevista ya expuesta— ese episodio como una "crisis de
adolescencia", totalmente trivial, a la cual no le adjudicaba ninguna
importancia.

Solo retomaré de su análisis aquello que me permitió revelar algo
acerca de ese episodio de sus 16 años: a pesar de que se halla
resuelto al cabo de dos o tres meses y sin hospitalización, se trata sin
duda de un episodio psicótico. El análisis permitirá dilucidar las
condiciones que lo desencadenaron, considerando además en el
transcurso del propio análisis, dos episodios idénticos, aunque más
breves, que se presentarán en virajes totalmente particulares de su
recorrido.

Para comprender mejor lo que se dio luego de la primera situación
desencadenante, hay que saber que el padre de Georges es judío,
mientras que su madre es católica practicante. Ninguno de los hijos por
lo tanto fue educado en alguna religión. Pero Georges siempre ignoró,
hasta los 15 años que su padre era judío. Nunca supo por qué se lo
habían ocultado.

El episodio delirante develará toda la complejidad y la ambigüedad
de su relación con el padre, como la agudeza del conflicto que
confronta a la pareja parental. Vuelvo a mayo del 68 y a los 16 años de
Georges. Este último jamás se ocupó de política. Lo que ocurre en las
calles de París es para él totalmente inesperado, "fascinante" y fuente
de una gran perplejidad. Ese campo social, en el cual había creído

tener y guardar su lugar sin mayores problemas, le reenvía un discurso extraño y desconocido para sus oídos: discurso que pone en relieve el poder bueno de los hijos y denuncia el poder malo de los padres.

Hay que recordar en este punto, que si bien es cierto que el recorrido identificador debe estar siempre abierto, que el funcionamiento del "je" exige que esta instancia reconozca y acepte un continuo movimiento de modificación; por el contrario, el ordenamiento de las referencias simbólicas finaliza o debería finalizar luego de la declinación de la vida infantil; la época de la adolescencia consagrándose a la consolidación de ese ordenamiento que la precede.

En esta tarea de consolidación juega un papel esencial, el campo social: las referencias y los soportes que éste propone. Ayudan al sujeto a ir más allá de su dependencia de las elecciones emblemáticas privilegiadas por los padres, sin tener que entrar en conflicto abierto y a veces insuperable con ellos.

Cuando conocemos la historia de Georges, vemos que justo en el momento en que más hubiese necesitado apoyarse en esos puntos de sostén ofrecidos por el campo social, éste lo enfrenta a un cuestionamiento de sus certezas y sus valores, entrando en contradicción con las concepciones familiares y sobre todo incompatibles con la situación de no-conflicto que esperaba preservar junto con las instancias parentales.

El padre —y por razones totalmente comprensibles, conociendo sus penurias— vive mayo del 68 como una revolución de los valores, inaceptable y que culminará en su ruina definitiva. Afirma Georges, con todas las letras: "haciendo tuya esta lucha, te hacés cómplice de mi futura ruina, de la cual no podré salir... No me queda más que encarar el suicidio." Acusación que bruscamente revela una dimensión de la relación padre-hijo que Georges había logrado dejar velada y hace pedazos esa imagen de buen hijo que había tratado de preservar con referencia identificadoria, evitando toda discusión con el padre:

A esta primera vacilación de sus referencias va a agregarse otra: desde los 12 años Georges tiene un amigo que representó para él una especie de hermano mayor, protector e idealizado, imagen opuesta a la que le devuelve su verdadero hermano. Hicieron juntos todos los estudios; y también esta vez Georges consiguió evitar cualquier conflicto en sus relaciones. Este amigo es un militante muy comprometido. Cuando Georges le expresa su reticencia para seguir las actividades políticas, el amigo le advierte que si abandona las reuniones, si traiciona al grupo, no lo volverá a ver jamás y no lo reconocerá más como uno de ellos.

Segunda amenaza y segunda acusación leída en la mirada de alguien que hasta ese momento le aseguraba la valorización de un identificador: en el cual podía reconocerse.

Grupo social

3

1

2

4

2

3

Pero las cosas no terminan acá: una escena que lo enfrenta con su madre tendrá un efecto tal de lensión (3) que culminará en el desencadenamiento del episodio delirante. La madre no se ocupa de política, pero no soporta la angustia que siente cada vez que su hijo participa en las reuniones. Una tarde en que ella quiere impedirle de asistir, va a estallar una escena particularmente violenta. Georges conserva un recuerdo absolutamente preciso de cada detalle, de cada palabra que fue dicha. Todo esto, no olvidemos, sucedió en el lapso de un mes, aproximadamente. Hay una cierta repetición de las "acusaciones" y tenemos el derecho a pensar que la acusación materna

condensa y revela francamente las amenazas implícitamente presentes en aquellas que fueron pronunciadas por el padre y por el amigo. El resultado de todo esto será la brusca caída de Georges en el delirio.

Efectivamente, después de esta escena, saldrá a pesar de todo, sin poder asistir a su reunión. (Está —dice— muy angustiado). Vuelve a su casa, se acuesta, y se despierta en la mitad de la noche, delirando.

He aquí la última réplica, de la escena, hecha por su madre: después de haber tratado de convencerlo de la inutilidad de sus reuniones, exasperada por la negación que él oponía, su madre lo agarra de los hombros, lo sacude y le grita: "estás loco como tu tío, sos parecido a él, hice todo para que seas diferente, pero no sirvió para nada". Acusación tanto más traumatizante considerando que para Georges el término locura está ligado a la imagen de su hermano mayor que es epiléptico. Siempre quedó aterrorizado —y de esto me habló muy seguido— por las crisis a las que había asistido. Para él, siendo niño, esas crisis eran el equivalente de la locura, en el sentido de que veía en ellas la manifestación de una destrucción de todo carácter humano en el niño.

En el lapso de un poco más de un mes, Georges recibe el impacto de una serie de identificados inasumibles, de los cuales el último —y en relación a éste hablare de deviamiento— lo enfrenta a lo que él no sabía que era la figura de la muerte y del horror: la deshumanización y la locura de un niño. Su hermano siendo, de este modo una especie de representante metonímico de toda la clase de los hijos, de los hermanos, incluso de los hombres ligados a la línea materna, y siendo Georges, por supuesto, un elemento de esas clases. Catástrofe de las referencias identificadorias que culminará en el delirio.

Al cabo de pocas horas, se le impone a Georges la certeza delirante de que él tiene una misión secreta que es el único que puede salvar al mundo, hacer comparir por todos un proyecto político de fraternidad, gracias al cual todos los hombres se transformarían en hermanos felices e iguales. Se levanta al alba, camina por París durante dos o tres días, se va bruscamente de la ciudad y va a trabajar a una fábrica del interior y luego, vagabundea durante dos o tres

Potencia

delirio

delirio

identifi-

ca

no sumibles

delirio

delirio

delirio

delirio

meses, en condiciones que —contrariamente a lo que había dicho en la segunda entrevista— quedan borrosas y señalan la presencia de una bouffée delirante.

Observamos que, enfrentado a la fragmentación de los identificados, el "je" sólo puede sobrevivir (ya que —no nos equivoquemos— haya o no psicosis, para que un sujeto permanezca vivo el "je" debe sobrevivir) teniendo que negar esa desposesión identificatoria, ese estallar de los soportes narcisistas, proyectándose en la representación de un "je" que ya hubiese realizado su proyecto. Pero un proyecto marcado con las armas del delirio.

defensa

170

La dilucidación de las condiciones que desencadenaron el episodio delirante fue facilitada, como he dicho, por la aparición de dos episodios idénticos en el transcurso del análisis. La primera vez, sin que haya podido descubrir algún signo anunciante; la segunda vez sin haber podido evitarlo a pesar de los signos: me encontré bruscamente enfrentada a una bouffée delirante, que retomaba exactamente los mismos temas que la de su adolescencia, bouffées que duraron entre dos y tres semanas. Durante este tiempo vi a Georges casi todos los días, mientras un colega le prescribía un tratamiento quimioterapéutico relativamente suave. Después de cinco semanas todo había vuelto al orden.

El trabajo de elaboración realizado por Georges luego del primero de estos dos episodios, es lo que me permitió, básicamente, la lectura de la "crisis" de sus 16 años que propuse anteriormente. No podría decir nada de éste trabajo analítico sin entrar desde el vamos en la historia infantil y en la historia transferencial de mi paciente: no lo puedo hacer aquí y les pediría de tenerme confianza, si agrego que el "medio ambiente psíquico", tanto como el propio espacio psíquico en el cual adivino el "je" de Georges, lo enfrentaron a lo largo de su proceso identificatorio con conflictos y con escollos demasiado próximos. Dejaron secuelas que trató como zonas siniestradas en las cuales se prohíbe el acercamiento rodeándolas de sólidas barreras y de carteles de señalización.

Zonas siniestradas

Entre los factores harto complejos responsables de estos "siniestros", dos tuvieron un papel esencial. Primero la epilepsia de su hermano con el cual compartió la habitación desde su nacimiento hasta los 6 años. La aparición de las crisis lo aterrorizaba, y a partir de cierta edad, comenzó a preguntarse: con qué incomprensibles intenciones la madre lo obligaba a ser testigo de ellas. Luego, a partir de sus 3 años, la actitud enigmática y "traumática" de su tío paterno, (4) aquel que la madre —en la famosa escena— trata de loco, y al cual lo acusa de parecérsele. Ese tío era sacerdote y en la familia de Georges gozaba de un prestigio particular. Todo el mundo lo llamaba "Padre" (5) (incluso el padre de Georges siendo de otra religión), la madre hablaba de él

como de un representante de Dios. En cuanto a Georges, a pesar de no haber sido nunca bautizado, se le exigía llamarlo "Padrino". Almorzaba en casa de ellos todos los domingos y al final de cada comida estaba completamente borracho: si bien Georges no percibía el estado de embriaguez de su tío, la extrañeza de sus discursos al final de las comidas le resultaba patente. Pero es sobretudo lo que pasaba invariablemente cada domingo en el momento en que se separaban, lo que impactaba y sigue impactando a Georges: su tío, en el momento de irse, le tomaba el mentón con su mano, y mirándolo fijo a los ojos y con un tono solémne pronunciaba esta frase sibilina: "nunca debes olvidar, hijo mío, de quién eres el hijo".

171

Si bien hoy en día Georges puede decirse que era quizás, por parte de su tío, una manera de alejarlo de la religión de su padre y de imponerle la religión de su madre, siendo niño esta escena provocaba en él un estado cuya descripción hace pensar en algo parecido al aniquilamiento. (6)

Habiéndose ido ya el tío, le ocurría durante la semana, de manera imprevista que volvía a escuchar las palabras de su tío tropezándose obstinadamente con el lado incomprensible y argustante de esa exhortación sentida por él como un mandato paradójal: si debía acordarse de quién era el hijo ¿era porque su padre no lo era? ¿quién era ese hombre que lo llamaba "hijo mío" y al cual debía —a diferencia de sus otros dos hermanos— llamar padrino, y que era conjuntamente el hermano de la madre y el hijo preferido de Dios? ¿y por qué, en relación a este Dios, una especie de molestia surgía entre los padres cuando él lo nombraba? Trató de pedir explicaciones a sus padres pero no tuvo éxito. El padre se conformó con decirle que no había nada que comprender en los discursos de su cuñado; la madre inversamente, le afirmaba que esas eran "las palabras de un hijo de Dios" y que más tarde entendería.

Este tío morirá cuando Georges tiene 12 ó 13 años, quien con gran asombro constata que no se hablará nunca más de él en la familia. Tratará de enterarse por medio de su madre de qué y cómo se murió: ella responde que no sabe nada y que esas son preguntas que no debe hacer. Hasta donde él sabe, nadie fue al entierro.

A partir de ciertas alusiones escuchadas por Georges, me pregunté si este tío, antes de morir, no habría estado internado en un hospital psiquiátrico; y de ahí el secreto y el silencio con la esperanza de ocultar una semejante vergüenza.

Los dos episodios delirantes sobrevenidos en el transcurso de su análisis —el primero aproximadamente a los dos años de empezar— se desencadenaron en el momento en que el proceso analítico había conducido a Georges a interrogarse acerca del sentido oculto de esa escena con su tío y acerca de la extrañeza de la actitud tanto materna

como palerna: silencioso testigos y cómplices de esa repetición semanal

Enfrentado desde el comienzo de su recorrido indentificatorio; con un hermano que le devolvía la imagen "de un hijo loco"; inasumible y amenazadora; con una actitud materna incapaz de aportarle la seguridad necesaria; con un padre poco presente, Georges logró, no obstante, reparar y tratar de remediar esas primeras fisuras que marcaron su campo indentificatorio.

Tiene entre 3 y 4 años cuando el hermano de su madre sale del seminario y empieza a pasar todos los domingos en casa de su familia. Su comportamiento y su discurso muy bizarros; su mandato respecto a que no debe ser olvidado el nombre de un padre, mientras que no se conoce cuál es; el silencio de su padre; una relación de complicidad y poco clara entre su propia madre y su tío: todo esto vino a cuestionar y poner en peligro su reparación. Georges no pudo sobrellevar las consecuencias de este segundo terremoto de su suelo indentificatorio y volver a realizar una consolidación de las construcciones agrietadas. Pedazos de su ruta guardaron huellas que hicieron de éstos "zonas siniestradas" encima de las cuales ya no se puede construir.

A pesar de todo, pudo limitar los estragos gracias a sus amistades, a sus éxitos escolares, a su apego a un profesor que tuvo un rol muy positivo en su vida. Así pudo retomar, a los tropezones, su recorrido indentificatorio y aferrándose a sus soportes externos para balizar los aspectos no peligrosos de su espacio indentificatorio, para señalar las vías que deben ser evitadas y aquellas que pueden recorrerse sin mayores riesgos. Por supuesto: la preservación de su nueva construcción hubiese exigido que no ser sometida bruscamente a sacudidas muy fuertes o muy reiteradas.

Antes de finalizar, querría agregar algunas palabras. Si a pesar de las dificultades y los fracasos que encontramos cuando aceptamos compartir una relación analítica con este tipo de problemática, y más aún, cuando se trata de una forma manifiesta de psicosis, sigo aceptando de comprometerme y de comprometer al sujeto, es porque creo que esas "zonas siniestradas" no lo son definitivamente, en todo "accidentado". Pienso que una relación analítica, puede en ciertos casos, despejar el terreno para que allí se pueda reconstruir y a veces construir esa parte del edificio indentificatorio que se había instalado o que debía haberse instalado.

En relación a Georges, más específicamente, lo que paso luego de "su crisis de adolescencia" muestra que incluso sin recurrir al analista el sujeto puede lograr abrirse una salida.

Siempre podemos, a posteriori, creer encontrar las explicaciones metapsicológicas que dan cuenta de esa feliz solución.

En lo que a mí respecta, confieso de buen grado, que esas

4

Huellas / las que no se puede construir

Empresario de los soportes est.

Neopencis

Análisis reconstrucción y construcción

explicaciones a menudo me faltan o bien, me parecen demasiado hipotéticas.

Notas del traductor

- (1) En francés 'l'atrociter'
- (2) En francés 'rétro-jection'
- (3) En francés 'Sommaton': puede significar tanto sumatoria como un dictamen que debe cumplirse.
- (4) En el texto dice 'paternel', pero en lo que sigue del relato se constata que es un tío materno.
- (5) En francés: 'Mon Pere', la traducción textual sería 'mi padre'.
- (6) En francés: 'sidération': estado de aniquilamiento de las fuerzas vitales y da muerte aparente...

Resumen

Este artículo intenta explicar por qué una potencialidad psicótica aparece en su forma manifiesta sobretudo al final de la adolescencia.

Si bien existe un conflicto indentificatorio tanto en la neurosis como en la psicosis, en la neurosis se conserva la indisociabilidad del Yo; mientras que en la psicosis el conflicto implica una oposición entre los dos componentes del Yo (el indentificante y el indentificado).

Para que un "proyecto indentificatorio" sea investido —subraya la autora— el Yo debe realizar un trabajo de historización del tiempo pasado. A través de una temporalidad subjetiva el sujeto puede encontrar la causa de lo que es, vive y espera.

Durante la adolescencia se reformula la pregunta acerca de la posición indentificatoria del Yo. Una crisis de adolescencia puede transformarse en una crisis psicótica, cuando alguna experiencia devalúa al Yo una catástrofe indentificatoria que ya tuvo lugar.

La autora otorga una gran importancia al fenómeno de devaliamiento o téléscopage, concepto que se encuentra delinido en su trabajo y que será ilustrado por un caso clínico.

Summary

The central theme of this work refers to the causal relation of some characteristics of the indentificatory process and the passage from a psychotíc potentiality to its manifested form, specially during adolescence. Although there exists an indentificatory process in both the neurotic and

2

4